



de Antonio Morillas Rodríguez

GUIÓN DE LA OBRA

Junio 2013

PRIMER CUENTO: EL VELO DE LA ABADESA

SEGUNDO CUENTO: PERONELLA, O LA MUJER AVISADA

TERCER CUENTO: LOS DOS CORNUDOS

CUARTO CUENTO: LA CABEZA DE BURRO

QUINTO CUENTO: EL JUMENTO DEL COMPADRE PEDRO

REPARTO JUNIO 2013

NARRADORES:

MUCHACHA:

CIEGO:

VIEJA:

ACTORES/ACTRICES:

EL VELO DE LA ABADESA:

PERONELLA O LA MUJER AVISADA:

LOS DOS CORNUDOS:

LAS ORACIONES DE LA SALUD O LA CABEZA DE BURRO:

EL JUMENTO DEL COMPADRE PEDRO:

TEXTO DEL GUIÓN

(Entran arrastrando un carro cuatro buhoneros: LA VIEJA, LA MUCHACHA, EL CIEGO y EL MUDO. Traen diversos cachivaches en el carro y se disponen a colocarse en la parte derecha delantera de la escena, donde habrá diversas piedras y troncos.)

CIEGO.- Vieja..., busca ya un sitio para cenar, que estoy muerto de hambre...

VIEJA.- Aquí mismo viejo y no protestes más...

CIEGO.- Bueno.

MUCHACHA.- Ven por aquí viejo...*(Se acercan y la muchacha lleva al Ciego hasta una piedra para sentarlo, tratando de que tropiece)*

CIEGO.- Niña, déjate de tonterías, que malas ideas tienes.. *(Se sienta, mientras la Vieja, La Muchacha y el Mudo van colocando las cosas para cenar: Pan, Manzanas y jarras de vino y agua)* Vieja, ¿qué hay de cenar?

VIEJO.- Pues lo de siempre, ¿qué va a haber?. Pan y manzanas...

CIEGO.- Maldita sea mi estampa... Siempre igual...

MUCHACHA.- Toma, bebe un poco de vino, que es lo único que te gusta... *(le da un vaso con agua)*

CIEGO.- Niña, ¡que soy ciego, pero no tonto! *(Escupiendo el agua)*

(Comienzan a comer con las improvisaciones que vengan al caso.)

VIEJA.- Viejo, ¿por qué no nos cuentas un cuento, mientras comemos?

MUCHACHA.- Si, sí... De esos verdes que sabes...

CIEGO.- No, anda niña, cuéntalo tú y así me animo yo y recuerdo...

MUCHACHA.- Bueno, os voy a contar el del “El velo de la Abadesa”

CIEGO.- Vale, vale, que ese tiene morbo, porque tiene que ser de monjas y esas cosas...

VIEJA.- Mira que eres cochino...

MUCHACHA.- De monjas, curas y oras cosas.

VIEJO.- ¡Venga, venga!

PRIMER CUENTO: EL VELO DE LA ABADESA

MUCHACHA.- Existe en Lombardía un monasterio famoso por su santidad y la austera regla que en él se conserva (*Pausa*). Una mujer, llamada Isabel, bella y de elevada estirpe, lo habitaba algún tiempo hacía (*pausa*), cuando cierto día fue a verla desde la reja del locutorio un pariente suyo acompañado de un amigo, joven y arrogante mozo. Al verlo la monjita se enamoró perdidamente de él, sucediendo otro tanto al joven (*pausa*). Más durante mucho tiempo no obtuvieron otro trato de su mutuo amor que los tormentos de la privación.

No obstante, como ambos amantes sólo pensaban en el modo de verse y estar juntos, el joven, más fecundo en inventiva, encontró un expediente infalible para deslizarse furtivamente en la celda de su querida. Contentísimos entrambos de tan afortunado descubrimiento, se resarcieron del pasado ayuno, disfrutando largo tiempo de su felicidad sin contratiempo. Al fin y al cabo la fortuna les volvió la espalda: muy grandes eran los encantos de Isabel y demasiada la gallardía de su amante para que aquélla no estuviese expuesta a los celos de las otras religiosas (*pausa*). Varias estudiaban todos sus actos, y, sospechando lo que había, apenas la perdían de vista (*pausa*). Cierta noche una de las religiosas vio salir a su amante de la celda, y en el acto participa su descubrimiento a algunas de sus compañeras, las cuales resolvieron poner el hecho en conocimiento de la abadesa, llamada Usimbalda, y que a los ojos de sus monjas y de cuantos la conocían pasaba por la bondad y la santidad misma. A fin de que se creyera su acusación y de que Isabel no pudiese negarla, concertáronse de modo que la abadesa cogiese a la monja en brazos de su amante. Adoptado el plan, todas se pusieron en acecho para sorprender a la pobre paloma, que vivía enteramente descuidada (*pausa*). Una noche que había citado a su galán, las pérfidas centinelas venle entrar en la celda, y convienen en que vale más dejarla gozar de los placeres del amor antes de mover el alboroto; luego forman dos secciones, una de las cuales vigila la celda y la otra corre en busca de la abadesa. Llaman a la puerta de su celda y la dicen:

MONJA.- Venid, señora, venid pronto; hermana Isabel está encerrada con un joven en su dormitorio.

MUCHACHA.- Al oír tal griterío, la abadesa, toda atemorizada y para evitar que en su precipitación las monjas echasen abajo la puerta y encontrasen en su lecho a un clérigo que con ella le compartía y que la buena señora introducía en el convento dentro de un cofre, levántase apresuradamente, vístese lo mejor que puede, y pensando cubrir su cabeza con un velo monjil, encasquetóse los calzones del cura. En tan grotesco equipo, que en su precipitación no notaron las monjas, y gritando la abadesa:

ABADESA.- ¿Dónde está esa hija maldita de Dios?

MUCHACHA.- Llegan a la celda de Isabel, derriban la puerta y encuentran a los dos amantes acariciándose. Ante aquella invasión, la sorpresa y encogimiento los dejan extáticos; pero las curiosas monjas se apoderan de su joven hermana y por orden de la abadesa la conducen al capítulo. El joven se quedó en la celda, se vistió y se propuso aguardar el desenlace de la aventura.

La superiora llega al capítulo y ocupa su asiento; los ojos de todas las monjas están fijos en la pobre Isabel. Empieza la madre abadesa su reprimenda, sazónándola con las injurias más picantes; trata a la infeliz culpable como a una mujer que con sus actos abominables ha manchado y empeñado la reputación y santidad de que gozaba el convento. Isabel, avergonzada y tímida, no osa hablar ni levantar los ojos, y su conmovedor embarazo mueve a compasión hasta a sus mismas enemigas. La abadesa prosigue sus invectivas; y la monja, cual si recordara el ánimo ante las intemperancias de la superiora, se atreve a levantar los ojos, fijalos en la cabeza de aquella que la está reprendiendo, y ve los calzones del cura que le sirven de toca, lo cual la serena un tanto.

ISABEL.- Señora, que Dios os asista; libre sois de decirme cuanto queráis; pero, por favor, componeos vuestro tocado.

MUCHACHA.- La abadesa, que no entendió el significado de sus palabras:

ABADESA.- ¿De que tocado estás hablando, descaradilla? ¿Llega tu audacia al extremo de querer chancearte conmigo? ¿te parece que tus hechos son cosa de risa?

ISABEL.- Señora, os repito que sois libre de decirme cuanto queráis; pero, por favor, componeos vuestro tocado.

MUCHACHA.- Tan extraña súplica, repetida con énfasis, atrajo todos los ojos sobre la superiora, al propio tiempo que impelió a esta a llevar la mano a su cabeza. Entonces se comprendió por qué Isabel se había expresado de tal suerte. Desconcertada la abadesa y conociendo que era imposible disfrazar su aventura, cambió de tono, concluyendo por demostrar cuán difícil era oponer continua resistencia al aguijón de la carne. Tan dulce en aquellos momentos como severa parecía ha poco, permitió a sus ovejas que siguieran divirtiéndose en secreto (lo cual no había dejado de hacerse ni un momento) cuando se les presentara la ocasión, y después de perdonar a Isabel, se volvió a su celda. Se reunió la monjita con su amigo y le introdujo otras veces en su habitación sin que la envidia la impidiera ser dichosa.

FIN DEL CUENTO: EL VELO DE LA ABADESA

CIEGO.- Muy bien niña, muy divertido. Ves, ya me he acordado de otro cuento.

MUCHACHA.- ¡Cuéntalo venga...!

VIEJA.- Venga viejo, que estás deseando...

CIEGO.- Bueno ¿os acordáis del cuento de Peronella o la mujer avisada?

MUCHACHA.- Si, si, ese, ese..

CIEGO.- Bueno, a ver si me acuerdo bien...

SEGUNDO CUENTO: PERONELLA, O LA MUJER AVISADA

CIEGO.- Ha poco tiempo que un albañil de Nápoles, que vivía con mil trabajos, se casó con una linda muchacha llanada Peronella. Ganaban los recién casados su triste vida, el uno trabajando en su oficio, y la otra hilando. Cierta día un joven ve a Peronella, y encontrándola de su agrado piensa en hacer su conquista. Abordándola, le habla y prodiga mil atenciones, en una palabra, tanto hizo que logró que ella compartiera su pasión. Convinieron los dos amantes en que el joven espiaría al marido, que abandonaba todos los días su casa muy temprano para ir al trabajo, y enseguida se introduciría en ella, sita en una calle retirada y solitaria, llamada Avorio. Semejante trato se llevó a cabo varias veces con gran satisfacción de la enamorada pareja; mas un día sucedió que, después de partir el tonto de su marido, y estando dentro Giannello Sirignario (así se llamaba el galán), aquel, que no acostumbraba volver a su casa en todo el día, se dirige a ella, y como encuentra cerrada la puerta, la empuja y dice para sí:

MARIDO.- ¡Loado sea Dios! a lo menos si ni me ha dado riquezas me ha procurado una buena y honrada mujer: ved cómo cierra la puerta para ponerse al abrigo de todo insulto y a cubierto de la maledicencia.

CIEGO.- Pero ella, que reconoció a su marido en el modo de llamar, le dijo:

PERONELLA.- ¡Ay, amigo mío! *dice a Giannello*, estoy perdida, mi marido acaba de llegar. No sé qué significa esto, pues no acostumbra a venir a estas horas, tal vez os ha visto entrar. Escondeos, os lo ruego, dentro de aquella gran tinaja de barro que ahí veis, voy a abrir la puerta para saber lo que quiere y haré lo posible por despacharlo.

CIEGO.- Métese Giannello precipitadamente en aquella especie de tonel, y la joven corre a abrir la puerta a su marido.

PERONELLA.- ¿Cómo es que venís tan temprano? *le dice con ceño*, traéis las herramientas: ¿acaso tenéis intención de no trabajar hoy? ¿Qué es lo que pensáis? ¿Cómo viviremos, si abandonáis vuestras faenas? ¿Creéis por ventura que estoy de humor de empeñar mis zagalejos y demás ropas para alimentar vuestra pereza, yo, que de tanto hilar día y noche ya no tengo carne ni uñas en los dedos? Por vida mía que no ha de ser así. Todas las vecinas se burlan de mí y se sorprenden de los trabajos que paso, y vos, vos volvéis a casa con los brazos cruzados, cuando debierais estar trabajando.» *Dicho esto comenzó a llorar.* «¿Qué desdichada soy! *Añadió*, ¡bajo que estrella nací! Podía haberme casado con un joven muy honrado y amable, ¿y por quién lo rechacé? Por un ingrato que no hace ningún caso de mí. Las otras mujeres pasan muy buena vida, se divierten con sus queridos, pues no hay ninguna que no posea uno, y las hay quien tiene dos y hasta tres; y en todas partes se las recibe en triunfo, van adornadas como divinidades y brillan como los astros; y yo, porque soy buena y no sueño en tales locuras, me veo reducida a la miseria y sufro cual pocas. ¿Por qué no imitaría a las demás? Sabed, pues, mi marido, ya que es preciso decíroslo, que si quisiese obrar mal no son las ocasiones las que me faltarían. Conozco varios jóvenes que me aman, que me han ofrecido dinero, vestidos y alhajas; mas, Dios me libre de olvidarme hasta el punto de aceptar tales ofrecimientos.

Soy hija de una mujer impecable, y yo seguiré su ejemplo, gracias al cielo, a pesar de mi pobreza. Pero, querido, ¿por qué has venido tan temprano en vez de estar trabajando?

MARIDO.- Por Dios, mujer, no te apesadumbres, *contestó el marido*. No puede caberte duda de que aprecio tu virtud y te hago la justicia que te mereces. Verdad es que partí temprano para el trabajo; pero tu no sabes, y yo mismo lo ignoraba, que hoy es la festividad de San Galeone, y todo el mundo huelga. No te inquietes por eso, pues tenemos bastante dinero para pasar un mes. Acabo de vender a un hombre que mes espera ahí fuera la gran tinaja de barro que hace tanto tiempo nos embaraza la casa. Me ha dado cinco escudos por ella.

PERONELLA.- ¡Cómo es eso! Siempre habéis de cometer alguna nueva torpeza, *exclamó al momento Peronella*; ¿vos que sois un hombre y andáis y corréis por todas partes y que deberíais conocer el precio de todas las cosas, sólo habéis sacado cinco escudos del tonel? Sabed, pues, que yo soy mujer y apenas salgo del dintel de la puerta de nuestra casa, lo he vendido en siete escudos a un hombre que ha entrado aquí ha poco y que ahora lo está inspeccionando para ver si se encuentra en buen estado».

CIEGO.- El marido, harto satisfecho del trato que hiciera su querida Peronella, dijo al comprador que venía consigo:

MARIDO.- Ya que mi mujer durante mi ausencia ha vendido la tinaja y que dan dos escudos más que vos podéis retiraros;

CIEGO.- lo cual hizo el tratante sin replicar.

PERONELLA.- Supuesto que estáis aquí, *continuó Peronella*, id arriba para terminar el trato con el hombre que he hecho subir.

CIEGO.- Giannello, que todo se volviera oídos, no habiendo perdido ni una sola palabra de esta conversación, salió a escape de la tinaja, y, cual si ignorara el regreso del marido, comenzó a gritar:

GIANELLO.- ¿Dónde estáis buena mujer?

MARIDO.- Heme aquí, *contestó aquel, que subía la escalera*: ¿qué se os ofrece?

GIANELLO.- Pregunto por la mujer con que concluí el trato para la tinaja.

MARIDO.- Podéis entenderos conmigo lo mismo que con ella, *repuso el albañil*; soy su marido.

GIANELLO.- La tinaja, *replicó el galán*, me ha parecido buena y entera, pero parece que la habéis dedicado a basurero: está sucia de algún ingrediente seco que no he podido arrancar con las uñas. No quiero quedármela si no la limpiáis.

PERONELLA.- Si no es más que esto, *dijo entonces Peronella*, aquí está mi marido que la limpiará en el acto.

MARIDO.- Con mil amores, *contestó el albañil.*

CIEGO.- Así pues, habiéndose quitado el jubón y empuñado una raedera, entra en la tinaja y pide una vela encendida. Estaba rascando el pobre del marido, cuando su mujer, cual si quisiera ver como trabajaba, asomó su cabeza en la boca de la tinaja, que era mucho más estrecha que la parte media, y habiendo pasado uno de sus brazos por ella, le decía:

PERONELLA.- Raspad aquí, raspad más allá; he aquí un lado todavía sucio.

CIEGO.- Mientras la joven estaba en esta postura e indicaba a su marido las paredes que debían ser limpiadas, el galán, que no había logrado acabar a su gusto la obra en que estaba ocupado cuando llamó a la puerta el cornudo, resolvió volver a la carga y terminarla como pudiese. Acércase, pues, a Peronella que tapaba la abertura de la vasija y, lleno de ardor, agarra a la manera que los caballos montaraces animados por el fuego del amor agarraran a sus yeguas partas, y limpia su vasija a la par que el marido limpia la otra. Los dos trabajadores acabaron su obra casi al mismo tiempo.

Sacó Peronella la cabeza y el brazo de la vasija para que saliera su marido, y dando la vela a Giannello, le dijo:

PERONELLA.- Ved si está limpia, *le dijo.*

CIEGO.- El galán la examinó, la halló a su gusto, la pagó y la hizo llevar a su casa.

FIN DEL CUENTO: PERONELLA O LA MUJER AVISADA

(Al terminar el cuento, el MUDO se pone a cantar lo que se le ocurra, como moraleja del cuento, con música medieval)

CANCIÓN DE MARCOS

MUCHACHA.- Muy bien, viejo. Ahora te toca a ti, vieja...

VIEJA.- No, yo no me acuerdo de nada...

CIEGO.- Venga vieja..

VIEJA.- Bueno, os contaré el cuento de “Los dos cornudos”

CIEGO.- Vale, vale...

TERCER CUENTO: LOS DOS CORNUDOS

VIEJA.- Hubo en otro tiempo en Siena, según ha llegado a mis oídos, dos individuos de la clase media, bastante acomodados, que se llamaban Spinelloccio Tanena y Zeppa di Mino, los dos en la flor de su edad, que habitaban en la misma calle y se profesaba estrecho cariño.

Los dos estaban casados con bonita mujer. Spinelloccio solía frecuentar la casa de Zeppa, y se enamoró de su mujer, dándose tan buena maña que no tardó en obtener sus favores. Semejante comercio duró largo tiempo sin que nada sospechara el marido engañado; no obstante, la familiaridad que reinaba entre su mujer y su amigo acabó por inquietarle un tanto, y para saber si sus dudas eran bien fundadas, cierto día tomó el partido de ocultarse, hacia la hora en que Spinelloccio acostumbraba visitarlo. Este no tarda en llegar, y la mujer, creyendo que su marido había salido, dice al amigo que no está en casa, oído lo cual Spinelloccio empieza a abrazarla y ella le devuelve caricia por caricia. Zeppa, que todo lo estaba viendo desde su escondite, no despegó los labios, para saber en que pararía aquello. En una palabra, vio cómo su mujer y Spinelloccio entraban en el dormitorio y cerraban la puerta tras ellos. Fácil es comprender el gusto que le daría esa doble traición, pero considerando que si armaba escándalo sólo serviría para aumentar su vergüenza, se recortó por el momento, contentándose con pensar en el modo de vengarse sin ruido. No tardó su imaginación en sugerirle un medio excelente, que acarició enseguida.

Apenas hubo abandonado su casa Spinelloccio cuando Zeppa penetra en el dormitorio, encontrando a su mujer que se estaba componiendo su enmarañado peinado.

ZEPPA.- ¿Qué estás haciendo, mujercita mía?, *la preguntó.*

MUJER 1.- ¿Acaso no lo veis?

ZEPPA.- Si, por cierto; y también he visto otra cosa que más me valiera ignorar.

VIEJA.- Entonces la relata la escena de que acaba de ser testigo, y la mujer, temblando de miedo, al ver que no había modo de negar, se lo confiesa todo y le pide perdón bañada en llanto.

ZEPPA.- Es la mayor injuria que podías hacerme, *la dice el marido;* sin embargo, estoy dispuesto a perdonarte si sigues mis consejos.

MUJER 1.- Seréis obedecido.

ZEPPA.- En hora buena: quiero que cites a Spinelloccio para mañana a las nueve; yo me presentaré al poco rato, y al momento que me oyes le haces esconder en este cofre grande, cerrando con llave. Luego te diré lo demás que debes hacer. Cumple con lo que te ordeno y juro perdonarte, y aún olvidar tu falta.

VIEJA.- La mujer prometió cuanto quiso su marido, para reconciliarse con él,

cumpliendo fielmente lo convenido. El día siguiente Spinelloccio y Zeppa se encontraban juntos a eso de las nueve, cuando el primero, que había prometido a la mujer de su amigo acudir a la cita que ella le diera, pretextó, para alejar a Zeppa, estar convidado a comer y que no quería faltar.

ZEPPA.- Todavía no es hora; no te vayas pues.

SPINELLOCCIO.- No me desagradaría llegar temprano, pues tengo que hablar de cierto negocio con la persona que me ha invitado.

VIEJA.- Parte, pues, y se encamina a casa de su querida. Apenas habían penetrado en el dormitorio los dos amantes, cuando se oyen los pasos de Zeppa que sube la escalera. Su mujer finge tener miedo, e invita al galán a que se oculte en el cofre, lo cierra y abandona la habitación. Se presenta Zeppa y pregunta a su mujer si está lista la comida.

MUJER 1.- Lo estará en un instante.

ZEPPA.- Acabo de dejar a Spinelloccio, *prosiguió el marido*, el cual está invitado a comer en casa de un amigo, y como su mujer se encuentra sola, os suplico paséis a invitarla para que venga a tomar un bocado con nosotros.

VIEJA.- La casadita, obediente en exceso por el recuerdo de su falta y el temor de ser castigada, cumplió en el acto la orden de su marido, y tanto rogó a su vecina, a la que notificó que Spinelloccio no iría a comer con ella, que se la llevó. Zeppa la recibe con grandes demostraciones de amistad; luego, indica a su mujer que se vaya a la cocina, y tomando a la vecina de la mano la lleva al dormitorio, cerrando la puerta.

MUJER 2.- ¿Qué significa esto? *pregunta la mujer de Spinelloccio*; ¿con tales intenciones me habéis invitado a comer? ¿así pagáis la amistad que os profesa mi marido?

ZEPPA.- Antes de incomodaros, señora, *la contesta Zeppa acercándose al cofre y sin soltarla la mano*, dignaos escuchar lo que tengo que deciros. He estimado y todavía estimo a vuestro marido como un hermano; tocante a la amistad que él me profesa, ignoro si es bien tierna, mas lo que sé es que no le impide acostarse con mi mujer lo mismo que con vos. Sin ir más lejos, ayer lo hizo, y casi a mi vista. Y porque le aprecio pretendo usar de represalias, limitando a esto mi venganza. Así como él ha disfrutado mi mujer, justo es que yo disfrute de vuestros encantos: es lo menos que puedo exigir. Si me negáis esa satisfacción, os declaro que no me será difícil sorprenderle in fraganti y tratarlo de suerte que ni él ni vos quedéis contentos.

VIEJA.- La señora no acababa de creer que su marido la fuese infiel. Zeppa le contó cómo había llegado a descubrirlo todo, detalles que contribuyeron a persuadirla.

MUJER 2.- Supuesto que habéis resuelto, *dice a Zeppa*, vengaros en mi persona del ultraje que os hizo mi marido, consiento en ello, pero con una condición: que me reconciliéis con vuestra mujer. Por mi parte la perdonaré de buena gana el daño que me ha hecho.

ZEPPA.- Vivid tranquila, *repuso Zeppa*, yo me encargo de todo, y asimismo prometo regalaros una alhaja lindísima.

VIEJA.- En seguida empieza a abrazarla, la empuja suavemente sobre el cofre y ambos se refocilan hasta la saciedad. Spinelloccio, que todo lo oyera, se enfureció de tal suerte, que pensó que la rabia le mataba, y a no haberle detenido el temor del resentimiento de Zeppa, hubiera llenado de insultos a su mujer desde el sitio donde se hallaba aprisionado. Mas, considerando que había sido el agresor y que Zeppa sólo le pagaba con la misma moneda, se consoló, resolviendo afirmar su amistad en vez de romperla. Acabada la faena la vecina pide la alhaja prometida.

Entonces Zeppa abre la puerta de la habitación, y llama a su mujer, que dice al entrar a la esposa de Spinelloccio.

MUJER 1.- Me habéis devuelto un pan por una torta.

ZEPPA.- Mujer, *dice el marido*, abre el cofre. *Luego, mirando a la vecina que había quedado toda sorprendida de ver a su marido en aquel sitio:* He aquí, querida mía, la alhaja que os prometí.

VIEJA.- Difícil sería decir quién de los dos quedó más cortado, si Spinelloccio, que sabía de qué modo se le habían puesto los cuernos, o su mujer, al ver que el marido había oído cuanto dijo e hizo con Zeppa. Spinelloccio sale del cofre y dice a Zeppa sin más explicación:

SPINELLOCCIO.- Estamos en paz, vecino, y si quieres seguir mi consejo, por eso tan amigos como antes. Supuesto que no tenemos otra cosa para repartimos sino nuestras mujeres, opino que las poseamos en común.

VIEJA.- Aceptó Zeppa la propuesta, comiendo los cuatro con la mayor armonía. Desde aquel día cada mujer tuvo dos maridos y cada marido dos mujeres, sin que jamás hubiese entre ellos divergencias respecto de quien había de gozar la del tal o la del cual.

FIN DEL CUENTO: LOS DOS CORNUDOS

(Al terminar el cuento, el MUDO se pone a cantar lo que se le ocurra, como moraleja del cuento, con música medieval)

CANCIÓN DE MARCOS

CIEGO.- Muy bien, vieja, todavía conservas la memoria... Hay que ver lo grande que es esto... Este niño es mudo, pero canta... Anda niña, cuenta otro, que a falta de comida, con algo hay que llenar el cuerpo...

MUCHACHA.- Muy bien, vieja, muy bien.

CIEGO.- Bueno, ahora tú, Niña, cuenta tú otro.

MUCHACHA.- No, que no me acuerdo...

CIEGO.- Venga...

VIEJA.- Si Niña, si tu sabes muchos...

MUCHACHA.- Bueno, ¿os acordáis del cuento de LA CABEZA DE BURRO??

VIEJO.- Algo recuerdo...

VIEJA.- Cuenta, cuenta...

CUARTO CUENTO: LA CABEZA DE BURRO

MUCHACHA.- Vivía en otro tiempo en Florencia, calle de San Brancasio, un célebre cardador de lana llamado Juan Lotteringhi, hombre mucho más afortunado que despierto, puesto que, a pesar de su torpeza y gran simplicidad, se le nombraba con frecuencia preboste de todos los carboneros del barrio de Santa María la Nueva, quienes estaban obligados desde aquel momento a celebrar las reuniones en su casa. Además de esto obtuvo otros honores en su cofradía, lo cual le puso tan vanidoso que se creía mucho más alto que los demás seres. Como no estaba mal de intereses para un hombre de su condición, con frecuencia solía convidar a comer a los padres de Santa María la Nueva, regalándoles al uno un pantalón, al otro un capuchón, a aquel una sotana, a este algunos pañuelos. Los frailes le enseñaban a cambio muy buenas oraciones, dándole, ya un *Pater noster* en lengua vulgar, ya el cántico de San Alejo, otras veces los discursos de San Bernardo, el himno de Santa Matilde y otras cosas por el estilo, que el buen hombre guardaba preciosamente creyendo alcanzar con ellas la salvación de su alma.

Este mentecato tenía mujer bonita y agraciada, llamada Tessa, hija de Mannuccio de la Cuculia, tan prudente y diestra como torpe era su marido. No ignoraba Tessa la superioridad que sobre él tenía a este respecto, proponiéndose sacar partido cuando la ocasión se presentara. El ingenio es un mueble útil que nos ha dado la naturaleza para que nos sirvamos de él: así pues, Tessa no lo desaprovechó. Habiéndose enamorado de Federico di Neri Pegolotti, gallardo mozo que la atisbaba tiempo hacía, y que, por lo tanto, se moría así mismo por sus pedazos, le mandó un recado por medio de su criada citándole para una casa de campo llamada Camerata, que poseía junto a Florencia, donde acostumbraba pasar el verano, yendo algunas veces a hacerle compañía su marido terminados sus negocios y regresando a la ciudad a la mañana siguiente.

Federico, que no deseaba otra cosa que tener una entrevista con su adorada no faltó a la cita, dirigiéndose a la quinta aquella misma noche, y como el marido no se presentara, el galán cenó tranquilamente, y se acostó con Tessa, y ya se comprenderá que no pasarían la noche durmiendo. Tessa le enseñó, mientras lo estrechaba en sus brazos, media docena de las oraciones que recitaba su marido. Aquellos afortunados amantes quedaron harto complacidos de las delicias que acababan de gozar, y tomaron sus medidas a fin de repetir las lo más a menudo que pudiesen sin comprometerse. Por lo tanto, fue convenido, antes de separarse, que, para ahorrar a la criada el trabajo de ir en su busca:

TESSA.- Federico encamínate todos los días a tu quinta y cuando pases por delante de la mía, a la ida y a la vuelta, párate en la viña contigua a la casa, donde pondré una cabeza de burro en la punta de un rodrigón: cuando el hocico esté del lado de la ciudad, indicará que mi marido está ausente y entonces serás el dueño de mi noche; en caso de encontrar cerrada la puerta de la casa, da tres golpes y te abriré. Empero si el mencionado hocico mira hacia el Fiésole, será señal de que maestro Juan está en la quinta y debes pasar de largo.

MUCHACHA.- Por medio de esa estratagema la señora y el galán pasaron juntos muchas noches sin necesidad de mensajero para avisarse y sin temor de ser sorprendidos. Mas una de ellas en que Federico debía ir a cenar con Tessa, la cual le esperaba con dos excelentes pollos asados, aconteció que maestro Juan, que había creído no poder acompañar aquel día a su mujer, emprendió el viaje muy tarde contra su costumbre. Mas tanto contrarió a Tessa la visita del marido, que para castigarlo, no le sirvió más plato en la cena que un pedazo de tocino cocido. Los dos pollos, varios huevos frescos y una botella de excelente vino, fueron envueltos, por orden suya, en una servilleta bien limpia, y llevados por su confidenta a un jardín donde se podía penetrar sin pasar por la casa.

TESSA.- Colocarás todo esto, *le dijo*, al pie del melocotonero donde hemos cenado otras veces.

MUCHACHA.- Empero la precipitación con que se hizo todo para que no lo supiera el marido, unido a lo malhumorada que su llegada la había puesto, fue causa de que se olvidara decir a la sirvienta que aguardase a Federico y le despidiese. Después de haber marido y mujer comido tristemente su pedazo de tocino, se acostaron, haciendo lo mismo la criada. Apenas estuvieron en la cama, cuando se presenta el galán y llama suavemente a la puerta. El primero que lo oye es el marido, y la esposa también se apercibe de ello, mas para no infundir sospechas al cornudo, hace como que duerme, Federico llama por segunda vez, Juan, sorprendido de lo que pasa, despierta a su mujer, y le dice;

MARIDO.- ¿Oyes, Tessa? Alguien llama.

TESSA.- ¡Ay! *responde la muy taimada*, no me sorprende: es un aparecido, un alma del otro mundo que me causa un miedo atroz hace algunas noches, al extremo de que enseguida que le oigo envuelvo mi cabeza entre las sábanas y no me atrevo a levantarme hasta que es día claro.

MARIDO.- Sosiégate, hija mía; si es un alma en pena ningún daño nos hará, pues al acostarme he rezado el Te lucis y la Intemerata. Además, he persignado las cuatro esquinas de la cama; por consiguiente, por poder que tenga, no es de temer nos cause el menor perjuicio.

MUCHACHA.- La señora, no satisfecha con haber alejado la sospecha del ánimo de su marido y temerosa de que el amante sospechara a su vez, resolvió levantarse y darle a entender que se hallaba con su marido. Así fue que dijo a Juan:

TESSA.- Tus oraciones y signos de cruz no me devuelven la calma por completo, si he de confesarte la verdad, y no estaré tranquila hasta que hayamos conjurado el alma en pena.

MARIDO.- ¿Y cómo hacerlo? *pregunta el imbécil del marido.*

TESSA.- No te inquietes por eso, replica la mujer. El otro día fui a ganar mis indulgencias a Fiesole: una Santa religiosa, a quien participé el suceso, me enseñó una oración infalible para conjurar y expulsar completamente a los espíritus y a los aparecidos. Ella hizo la experiencia por sí misma y le salió muy bien. Por mi parte hubiera hecho la prueba, pero estando sola no me he atrevido. Ahora que te tengo a mi lado, levantémonos, si quieres créeme, y vamos a conjurarlo, hasta que se retire por su propia voluntad, y así no volverá más.

MUCHACHA.- Juan consintió. Por lo tanto se levanta y dirígense a la puerta donde Federico, muy impaciente y celoso, empezaba a sospechar de la fidelidad de su querida. Mientras se encaminaban a dicho sitio Tessa dijo a su marido que escupiese cuando se lo advirtiera. El buen hombre se lo prometió, y al hallarse junto a la puerta, comenzaron su oración, diciendo:

TESSA.- Espíritu, espíritu, que corres de esta suerte toda la noche, ya que viniste con el rabo derecho, vuélvete lo mismo. Encontrarás en el jardín, al pie de un gran melocotonero, dos buenos pollos, algunos huevos de mi gallina y una botella de vino; toma lo que necesites y retírate sin hacernos ningún daño ni a mí ni a Juan, mi marido, que se encuentra a mi lado.

MUCHACHA.- Terminadas estas palabras la picaronaza dijo al Juan Lanas que escupiese, y así lo hizo. Federico, que lo oyó todo, no tardó en comprender el asunto: disipáronse sus sospechas, y, a pesar del mal humor que le causaba tal contratiempo, poco le faltó para lanzar una carcajada al oír escupir al marido por orden de su mujer, diciéndose en su interior:

FEDERICO.- ¡Ojalá escupiese hasta las muelas!

MUCHACHA.- Repetido por tres veces el conjuro, los conjuradores se volvieron a la cama. Federico quería cenar con su querida, pero habiendo comprendido perfectamente el sentido de la oración, corre al jardín y se lleva a su casa pollos, huevos y vino, comiéndoselos con muy buen apetito. Cuando volvió a encontrarse con su tierna amante, ambos se rieron grandemente de aquel suceso. No falta quien pretende que la señora Tessa no se había olvidado de poner el hocico del burro en dirección a Fiesole, pero que un campesino que acertó a pasar por la viña se entretuvo en hacerle dar vueltas con un palo que llevaba en la mano y el hocico quedó señalando a Florencia. Esto es lo que engañó a Federico.

FIN DEL CUENTO: LA CABEZA DE BURRO

(Al terminar el cuento, el MUDO se pone a cantar lo que se le ocurra, como moraleja del cuento, con música medieval)

CIEGO.- Muy bien, niña, ahora me acuerdo yo de otro cuento...

MUCHACHA.- ¿También de cuernos y esas cosas?

CIEGO.- También.

VIEJA.- Niña, ¿no ves que este viejo verde no sabe de otra cosa?

MUCHACHA.- Pues cuenta, cuenta...

CIEGO.- Este se llama “El jumento del compadre Pedro”

QUINTO CUENTO: EL JUMENTO DEL COMPADRE PEDRO

CIEGO.- Había el año pasado en Barletta un sacerdote llamado micer Juan de Barolo, cuyo beneficio no le bastaba para vivir, así que, iba de un lado para otro en las ferias de la Pulla con un jumento cargado de mercaderías para venderlas. Recorriendo la comarca habíase encontrado con un tal Pedro, del pueblo de los Tres Santos, que con otro asno hacía el mismo oficio que Barolo. Según costumbre del país, éste no le nombraba de otra suerte que por el compadre Pedro, debido a la familiaridad que los unía. Cada vez que llegaba a Barletta, se le llevaba consigo y lo alojaba y regalaba lo mejor que podía. Estas atenciones eran recíprocas, pues el compadre Pedro, que sólo poseía en Tres Santos una casita suficiente apenas para alojar a su burro, a su mujer, joven y linda, y a él, alojaba también a micer Juan cuando le honraba con su presencia. No obstante, al llegar la hora de acostarse, el compadre Pedro no podía satisfacer su buena voluntad, puesto que no poseía más que una cama que compartía con su mujer: preciso era, pues, que micer Juan se acostase sobre un montón de paja al lado de su jumento, que hacía compañía al asno, en un pesebre harto mezquino. La señora Juanita, que no ignoraba el buen trato que recibía su marido en Barletta por parte del cura, había propuesto varias veces que iría a dormir con una de sus vecinas, llamada Zita Carapresa, dejando que ocupara su sitio el bueno del sacerdote, pero éste se negaba siempre a consentir en tal arreglo. Un día entre otros, para pretextar su negativa:

MICER JUAN.- Comadre Juana, *la dijo*, no os molestéis por mí, pues no soy tan digno de lástima como creéis. El jumento que poseo, le cambio, cuando me place, en una linda muchacha, devolviéndole después su primitiva forma: creed, pues, que no puedo ni quiero perderlo de vista.

CIEGO.- Juanita, que era muy sencillota, creyó semejante prodigio, y lo participó a su marido.

JUANITA.- Si el cura, *le dijo*, es tan amigo tuyo como aparenta, ¿por qué no te inicia en su secreto? Tú podrías convertirme en jumento, y con nuestro asno y yo, tus asuntos irían mejor, pues daríamos el doble.

CIEGO.- El compadre Pedro, que no pecaba de ladino, cayó también en el garlito, y siguiendo el consejo de su mujer, sin pérdida de momento instó a micer Juan para que le participara su secreto. Este hizo lo posible al objeto de disuadirle de su idea, mas no pudiendo lograrlo:

MICER JUAN.- Supuesto que lo queréis a toda costa, *dijoles*, mañana nos levantaremos, según costumbre, al despuntar el alba, y os iniciaremos en mi ciencia.

CIEGO.- Ya se comprenderá que la esperanza y la impaciencia no dejaron cerrar los ojos durante una buena parte de la noche al compadre Pedro y a la comadre Juana.

Apenas empezó a clarear, levántanse y llaman al cura.

MICER JUAN.- A nadie en el mundo, *dijo éste*, quería descubrir mi secreto; pero como me lo habéis exigido vosotros, a quienes no puedo rehusar nada, voy a hacerlo. No obstante, si queréis instruiros como conviene, observar atentamente lo que voy a prescribiros.

CIEGO.- Prometiéronselo así los dos aldeanos, y micer Juan toma una vela y se la entrega al compadre Pedro, diciéndole:

MICER JUAN.- Ve bien todo lo que hiciere y recuerda con fidelidad las palabras que pronunciare, más, sobre todo, amigo mío, guárdate de decir nada, haga yo lo que quiera: una sílaba dicha por ti lo echaría todo a perder, y no podríamos volver a empezar. Rueda encarecidamente que pueda atar bien la cola, pues es lo más difícil del negocio.

CIEGO.- El compadre Pedro toma la vela y jura cumplir en todas sus partes las órdenes del mágico. Entonces micer Juan hace despojar a Juanita de todas sus ropas, sin exceptuar ni una sola, y la manda guardar con manos y pies la misma postura que los jumentos; después, tocándole el rostro y la cabeza.

MICER JUAN.- Que esto, *dice*, se convierta en una hermosa cabeza de jumento. *Luego hace lo mismo con los cabellos:* «Que esto sea una buena crin de asno.» *Poniendo sus manos en el pecho de la mujer, donde tocó dos globos elásticos y fuertes, cuyo tanteo no tardó en hacer su efecto en una de las partes secretas de micer Juan:* «Que esto, *continuó*, sea un precioso pecho de jumento.»

CIEGO.- Y lo mismo hizo con el vientre, caderas, piernas y brazos. Sólo faltaba que formar la cola o más bien colocarla. El cura se instala frente de las posaderas de Juanita, y mientras apoya una de sus manos sobre la grupa, empuña con la otra el instrumento con el que se fabrica a los hombres, y lo introduce en su vaina natural; empero, apenas lo ha metido dentro, cuando Pedro, que hasta aquel momento lo había observado todo atentamente sin proferir una palabra, no encontrando esta última operación de su agrado, exclama:

PEDRO.- Alto ahí, micer Juan, nada de cola, nada de cola: ¿No veis que la ponéis muy abajo?»

CIEGO.- El cura no soltaba su presa; así fue que el marido corre a estirarle la sotana.

MICER JUAN.- ¡Malhaya el badulaque!»

CIEGO.- Dijo micer Juan muy enfadado, pues no había acabado a gusto su trabajo;

MICER JUAN.- ¿No te había recomendado el más profundo silencio, vieras lo que vieras? La metamorfosis iba a operarse al momento, pero tu maldita charla lo ha echado todo a perder, y lo peor es que no puedo empezar de nuevo.

PEDRO.- En verdad, *repuso Pedro*, que no me agrada semejante cola; además, la colocabais muy abajo. Dado caso de que fuese de absoluta necesidad, ¿por qué no me llamabais a mí para ponerla?»

CIEGO.- La joven, que había cobrado afición a esta última parte de la ceremonia:

JUANITA.- ¡Qué bestia eres! *dijo al tonto de su marido*; ¿por qué has echado a perder tus asuntos y los míos? ¿has visto nunca un asno sin cola? Toda la vida serás un badulaque: un instante más y todo quedaba terminado. No culpes a nadie más que a ti mismo si no salimos de pobres.

CIEGO.- Como la indiscreción de Pedro quitaba toda posibilidad de hacer un jumento de una mujer, Juanita se vistió y el compadre Pedro trató de proseguir su trabajo con un solo asno, no queriendo acompañar a micer Juan a la feria de Bitonto, y guardándose muy bien, en lo sucesivo, de pedirle otro jumento.

FIN DEL CUENTO: EL JUMENTO DEL COMPADRE PEDRO

(Al terminar el cuento, el MUDO se pone a cantar lo que se le ocurra, como moraleja del cuento, con música medieval)

CANCIÓN DE MARCOS

CIEGO.- Bueno, bueno, vamos a recoger y a buscar un sitio para dormir o lo que sea...

MUCHACHA.- ¿Qué es eso de lo que sea?

VIEJA.- Nada, ¿qué va a ser? Si este hace catorce años que no hace nada...

CIEGO.- Pues hoy, a lo mejor, con esto de los cuentos...

VIEJA.- Si, si, menos lobos...

MUCHACHA.- Pues yo entonces voy a ver si hago hablar al mudo...

(Comienzan a recoger todo y a ponerlo en el carro, para marcharse)

CIEGO.- Espera niña, espera, que se me olvidaba algo. *(Se acerca al borde del escenario, dirigiéndose al público)* Cortesanas y cortesanos que,
durante un buen rato,
con paciencia no habéis escuchado,
esperamos que un poco os haya gustado,
porque colorín colorado,
estos cuentos se han acabado.

FIN

UTILERÍA DE NARRADORES:

- Vasija de barro para agua
- Vasija para vino
- Botella de vino para la vasija
- Cuencos para beber
- Cesta para llevar la comida en el carro
- Navaja o cuchillo
- Pan grande
- Manzanas
- Alguna tela para mantel
- Platos metálicos
- Cachivaches en el carro para vender
- Texto del cuento de Los dos Cornudos
- Laúd de cantante

UTILERÍA DE CUENTOS:

- Hatillo del Marido de Peronella
- Raedera del Marido en Peronella
- Vela de Peronella y el Jumento
- Hatillo de Pedro en el Jumento
- Soga del Celoso
- Balde o Barreño del Celoso
- Botella de vino o jarra del Celoso
- Pollos de La cabeza de burro
- Cabeza de burro

DECORADO:

- Telón de Fondo de escenario de la cueva
- Carro grande
- Tinaja de Peronella
- Baúl
- Mesa negra repujada
- Silla o sillón antiguo de cuero
- 2 Piedras de porespan
- 2 Bancos antiguos
- Hierbas de madera
- Balcón de Don Mendo
- Telas negras
- Cuernos en el baúl

SONIDO

MAQUILLAJE

MÁQUINA DE HUMO

ILUMINACIÓN